

INTENTO EXPLICATIVO DE LA ANGUSTIA POST-BELICA NORTEAMERICANA

Probablemente ninguno de los pueblos pertenecientes al denominado mundo libre padeció, con la intensidad registrada en los medios norteamericanos, la llamada angustia posbélica. Ello se explica habida cuenta de que los Estados europeos, invadidos primero y ocupados militarmente después, cuando cesó la lucha, postrados y en situación aflictiva, acaso la intensidad del drama vivido los predispuso a la resignación, y aún más que en su específica capacidad de recuperación prendían sus esperanzas en la ayuda que pudieron brindarles y que generosamente les prestaron los Estados Unidos. Es este un factor genésico que no fué debidamente valorado, y que ello, no obstante, es portador de notoria relevancia. Disculpable o reprochable, es innegable que algunos Estados europeos pertenecientes al mundo libre creyeron que Norteamérica estaba algo así como obligada a procurar la rápida convalecencia de los países que habían sido invadidos.

A las consideraciones precedentes nos parece adecuado agregar otras de tipo complementario: el contribuyente norteamericano, tan acentuadamente sacrificado, creía, no acaso sin motivo, que su desprendimiento generaría en el socorrido un sentimiento de gratitud; ello no fué así; antes bien, se nos ofreció el siguiente extraño fenómeno: alguno de los pueblos favorecidos por la generosa ayuda norteamericana exteriorizaron lo que denominaríamos sonrojo, en vez de gratitud; resentimiento, en lugar de reconocimiento por los servicios prestados.

Aparte de lo alegado, no debe desdeñarse lo que representa otro factor de tipo interpretativo: Europa —la Europa occidental—, avizada a encarnar un protagonismo internacional incompartido, por primera vez en la historia y a impulsos de la alteración del reparto del poder sobre la tierra, se veía relegada a un segundo plano; era difícil que el viejo mundo se adaptase, sin esfuerzo ni resistencia, a esa nueva

realidad; que aceptase la nueva situación sin resentimiento; y Europa, en vez de valorar fríamente cómo se había registrado una honda mutación en la técnica de la *balance of power*, abrigó lo que consideramos como inexplicable aspiración: considerar posible la prórroga de su dirigismo plurisecular, pese a lo que constituía ocaso irremediable de su protagonismo. Ello engendró una explicable incomprensión en el seno del llamado mundo libre, y así se generó una crisis, determinada por ausencia de mutuo acuerdo, que tan acentuadamente había de proyectar su influencia a lo largo de esta década posbélica. Todo ello influyó en el proceso de desorientación de que dieron muestra los Estados Unidos cuando se vieron situados ante el dramático trance de dirigirse en guías y mentores del mundo libre.

Como tendremos ocasión de comprobar, las vacilaciones de que ofrecieron muestras reiteradas los Estados Unidos repercutían perniciosamente sobre los países occidentales europeos, e incrementaban la desorientación, visiblemente registrada en ciertos sectores del mundo no satelitizado.

Tales son los hechos que hemos expuesto guiados por nuestro invariable propósito de ser objetivos. Ahora resta explicar cómo pudo ser realidad esa confusión posbélica y el por qué la angustia fué evidente a lo largo de la década que se inicia en 1945, y de cuyos efectos no hemos logrado liberarnos en el momento presente.

Como es sabido, el presidente Roosevelt, en los últimos meses de su tercer mandato presidencial, abrigó una esperanza, pronto totalmente desvanecida: la de practicar una política internacional de apaciguamiento, en lo que a Rusia atañía; política bien pronto desdeñaba, por cuanto más de una experiencia histórica evidencia de modo cumplido cómo resulta contraproducente la generosidad practicada respecto de un país que ambiciona llevar a cabo una política internacional de expansión; transigir con países de inclinaciones anexionistas engendra la indeseable consecuencia de incrementar el apetito de quien sueña con realizaciones de tipo imperialista. La denominada "capitulación de Múnich" ha constituido una experiencia altamente aleccionadora; en la misma categoría de lo contraindicado podemos incluir la denominada política de apaciguamiento, patrocinada, como ya hicimos notar, por el presidente Roosevelt en los meses que precedieron a su muerte.

Si dijéramos que la política de apaciguamiento había sido totalmente inoperante e incluso contrapudente, probablemente nos situaríamos

en un terreno dialécticamente vulnerable. Por lo menos aquella infortunada experiencia no resultó totalmente irrelevante en un sentido: se pudo calibrar adecuadamente la distancia, punto menos que abisal, que se interponía, al iniciarse el diálogo posbélico, entre Washington y Moscú. Comprobada la magnitud de la disidencia, ello no podía implicar como consecuencia la impracticabilidad y la ineficiencia de posibles diálogos entablados entre los dos grandes discrepantes de esta segunda posguerra. Así es como se abrió paso la tesis del coexistencialismo, que más tarde se vería fortalecida por la aportación de cuantos, atendidos a unas u otras razones, consideraban como posiblemente desplazable la tesis del dilema Washington-Moscú. Ahora bien, aun cuando la coexistencia resultase practicable, no por eso se desprendería de su condición precaria y ocasional; a través de la supuesta coexistencia Washington-Moscú no se ofrecía al mundo una paz estable, sino una tregua que podría romperse en cualquier instante inesperado. Pero, según opinión de muchos, la coexistencia constituía un mal menor y, en esencia, los dos grandes protagonistas posbélicos, carecían de derecho de elección.

Hemos aludido, considerándolo como obstáculo, si no único, cuando menos prominente y específico de este mundo posbélico, a la discrepancia de tesis sostenidas, respectivamente, entre Washington y Moscú. Pero ese diagnóstico no sería adecuado, por desdeñar elementos de juicio que deben ser tenidos presentes. No era sólo la disidencia Washington-Moscú la que se interponía como un obstáculo en el camino conducente a la instauración de una paz estable. Sin salirnos del área del mundo libre, podíamos fácilmente colegir que existía incomprensión, tanto por parte de los Estados Unidos, para desentrañar lo que significan las complejidades europeas, cuanto en lo que al viejo mundo atañe, para construir una acertada versión de lo que hay de explicable en las dudas y vacilaciones de los Estados Unidos, cuando se dispusieron a hacer frente a sus deberes como potencia protagonista. El análisis de cualquiera de los dos fenómenos de incomprensión a que acabamos de aludir, por su complejidad, no podría, en modo alguno, ser abarcado en el corto espacio de un artículo. Por ello la necesidad de cercenar nuestro propósito inquisitivo, que formularíamos del siguiente modo: intentaríamos ofrecer al lector norteamericano la versión de un europeo, frente a las tribulaciones que padecen los Estados Unidos en estas horas que pueden ser históricas y decisivas para todos. No es la primera vez que nos enfrentamos con tal problema; a lo largo de los años y en sucesivas obras, hemos prestado

específica atención al estudio de los problemas de política internacional norteamericana ¹. Pero el tema es a la vez tan complejo y tan palpitante, que todas las glosas al mismo dedicadas nos parecen incompletas y por ello queremos agregar, a las ya formuladas, nuevas apostillas.

Para situarnos en condiciones de interpretar lo que significa la posición internacional de los Estados Unidos en el instante presente, precisamos tornar nuestra atención hacia un pasado, tan remoto, que prácticamente coincide con los años iniciales de la independencia norteamericana. Aludimos, una vez más, al famoso Manifiesto de Washington de 17 de noviembre de 1796, que constituye, a nuestro entender, el punto de partida dialéctico de todo lo que habrá de ser la política internacional norteamericana, por lo menos hasta el infausto día 11 de diciembre de 1941, en que se desencadena el alevoso ataque nipón sobre Puerto Perla. En más de una ocasión hemos centrado nuestra atención sobre el contenido de este Manifiesto histórico, pero ahora, más que un análisis de sus términos sustanciales, nos interesa determinar cuáles pudieran ser las causas genésicas que llevaron a Jorge Washington a legar a la posteridad sus famosos y siempre reverenciados consejos. Norteamérica había nacido como entidad independiente, veinte años antes de que Washington hiciese público su Manifiesto de Despedida. Veinte años no deparan a un país base temporal suficiente para perfilar una política internacional autónoma; de ahí una consecuencia: Washington, quisiéralo o no, habría de inspirarse en precedentes bastante distanciados del año de 1796, unas veces para atenerse a su precedencia y en ocasiones para construir antítesis respecto de los mismos. De esos precedentes a que vamos a hacer alusión, acaso en su inmensa mayoría eran ignorados por Jorge Washington, pero este desconocimiento prové de mayor interés la circunstancia de que Washington, creyendo de buena fe ofrecer a sus ciudadanos consejos originales, en realidad no hacía otra cosa que reactualizar precedentes remotos e ignorados acaso por el Primer Presidente de los Estados Unidos.

Tales precedentes pueden reducirse fundamentalmente a dos: unos de raíz hispánica, otros de raigambre ánglica, ambos diferenciando acentuadamente entre sí.

¹ Véanse, entre otras obras: CAMILO BARCIA TRELLES, "La política internacional norteamericana de la posguerra", "Doctrina de Monroe y Cooperación internacional", "Origen, evolución y destino del aislacionismo norteamericano" y "Los Estados Unidos, perplejos ante su destino".

España, cuando en 1492 se encontró situada ante un hecho de trascendencia tal que carecía de plural —el descubrimiento de América—, se dió cuenta, de un lado, que a partir de 1492 se iniciaba lo que había de ser la auténtica historia universal, y de otro que aquel nuevo hecho no podía ser enjuiciado de acuerdo con las normas hasta entonces imperantes en Europa y que a un nuevo hecho era preciso aplicar un derecho nuevo; es así como en las universidades españolas del siglo XVI habían de construir lo que Brown Scott denominó acertadamente el Derecho Internacional Moderno. Si al problema americano aplicásemos los españoles las normas jurídicas imperantes en Europa, la misión de nuestra patria en ese hemisferio se hubiese simplificado acentuadamente; bastaría alegar que las tierras americanas, por nosotros descubiertas, constituían una *res nullius*, por tratarse de territorios no previamente ocupados por los cristianos. Pero nuestros juristas-teólogos y a la cabeza de los mismos el egregio Francisco de Vitoria, profesor de Prime teología en la Universidad de Salamanca, consideraban inoperante e inaplicable al nuevo mundo la teoría del *ius inventionis*; por cuanto, como aseveraba Vitoria, antes de la llegada de los españoles los indios eran no sólo soberanos de aquellos territorios, sino propietarios de los mismos. Por eso mucho antes de que los Estados Unidos aludiesen a un meridiano ideal que separaba el destino de dos mundos, nuestros monarcas, Carlos V en 1519, Felipe II en 1563 y Carlos II en 1681, proclamaban que los destinos de América y Europa sólo podían ser debidamente señalados, proclamando su respectiva desconexión. Esa visión se perfecciona y fortalece cuando en 1750 se firma el tratado de Madrid y se proclama que, caso de estallar la guerra entre ambos contrincantes —España y Portugal—, los súbditos de ambas naciones fijados en América vivirían en paz como si tal guerra no existiese. Sustancialmente esas versiones, como veremos seguidamente, van a encontrar claro eco en el Manifiesto de Despedida del Presidente Washington. La transcripción de alguno de los párrafos de ese histórico documento servirá como adecuada demostración de nuestra tesis. “Europa —dice Washington— tiene un número de intereses privados que no guardan relación con los nuestros o si la tienen es muy remota.”

En otro lugar de su Manifiesto, puede leerse: “La obligación de practicar una conducta neutral se deduce, sin buscar otras razones, de la obligación que la justicia y la libertad imponen a toda nación que se halla en libertad de determinar y de mantener relaciones de paz y amis-

tad con otras naciones.” “Sería, por tanto, imprudente el que nos implicásemos, sin tener intereses, en las vicisitudes de su política —la europea— o en las combinaciones de sus choques y amistades.” Aun cuando el interés y el sentido utilitario cobran a través de la versión de Washington, acaso un rango excesivo, es lo cierto que la tesis hispánica del destino diferente de dos mundos encuentra eco, consciente o inconsciente, en los consejos del Presidente Washington.

En contraste con la interpretación hispánica del hecho americano, puede ofrecerse la versión anglo-francesa; está inspirada en la técnica de las *amity-lines*; se entienda por tal aquel mundo que está situado más allá de una línea determinada y a donde no alcanzan los efectos de los pactos que tienen vigencia y aplicación en Europa; América es para la exégesis anglo-francesa algo ajurídico y por ello se le considera como *res nullius*, sin otra excepción a tal imagen que la circunstancia de que alguna de aquellas tierras americanas hubiesen sido ocupadas previamente por cristianos. Claro está que esta ajuridicidad dejaba de tener vigencia, una vez que Francia e Inglaterra hubiesen logrado el beneficio de posiciones adquiridas. Entonces no tan sólo los pactos encerraban un cierto vigor, sino que incluso a los mismos podría extenderse el sistema contractual del viejo mundo. De ahí a implicar los problemas americanos en las cuestiones europeas, no mediaba más que un paso; lo dió Inglaterra, como lo pone agudamente de manifiesto el que en vida fuera eminente internacionalista americano y maestro de quien esto escribe, Dr. James Brown Scott. Hace notar Brown Scott cómo incluso los Manuales de historia, circulantes en las escuelas americanas, se refieren a las guerras de la época con denominación europea; así se habla de las guerras del rey Guillermo, de la reina Ana, del rey Jorge, llegándose a considerar las guerras franco-indias como una equivalencia americana de la guerra de siete años. Contra esta tendencia reaccionó visiblemente Jorge Washington, como lo evidencia el contenido de su “Manifiesto de Adiós”, en el cual, con simbólica insistencia, se alude, como hemos visto, a que Europa y América tienen distintos destinos y toda involucración de los mismos resultaría peligrosa “para nuestra paz y nuestra seguridad”, como ha de afirmar el presidente Monroe el 2 de diciembre de 1823.

Si dijéramos que Washington desdeñó plenamente lo que significaba la tradición británica, ofreceríamos una visión de las concepciones washingtonianas, que resultaría recusable. Inglaterra, como es sabido, casi sin discontinuidad, desde los tiempos de Enrique VIII, consideró que sus

relaciones con el continente europeo debían catalogarse geopolíticamente, teniendo en cuenta que Albión era una isla y Europa un continente; que Inglaterra era un buque anclado, pero en condiciones de atracar y desatracar a las costas europeas, según lo aconsejasen las conveniencias ánglicas. Inglaterra hacía acto de aproximación al continente, siempre que en el seno del mismo asomaba el peligro de una hegemonía potencial; sabía Albión que si un día se instauraba en Europa una auténtica hegemonía, ello constituiría el preanuncio de que había llegado a su ocaso la preeminencia británica sobre los océanos; de ahí que la isla considerase que sus alianzas con el continente tenían la condición de actos episódicos y renunciables. En una palabra, Gran Bretaña se oponía, con notoria obstinación, a cuanto implicase ligarse a Europa, mediante la conclusión de alianzas permanentes. No es otra la preocupación que asoma a lo largo de los consejos brindados por Jorge Washington a sus conciudadanos en su "Manifiesto de Adiós". "Nuestra política ha de huir de alianzas permanentes con cualesquiera parte del mundo extranjero", y como queriendo completar esa visión, añade Jorge Washington: "Para mi concepto la máxima es que, con rectitud respetable para nuestra defensa, podemos descansar con seguridad en alianzas *momentáneas para cualquier apuro extraordinario.*"

Esta afirmación, opuesta a la conclusión de alianzas permanentes, convenidas con cualquier potencia europea, conduce lógicamente a su complemento: proclamar como básico principio el de la neutralidad norteamericana. Aquí tropezamos con el meollo de las concepciones de Washington, y por ello este aspecto del problema requiere de nuestra parte una especial atención. Washington tenía razón cuando consideraba que una alianza, aun más que un pacto de amistad y promesa de colaboración con determinada o determinadas potencias, constituye posición de animadversión respecto de otros Estados; como ejemplo podríamos citar el que nos ofrece la enemistad potencial entre las naciones europeas, respectivamente signatarias, de lo que, hasta 1914, fueran la Triple Alianza y la Triple Entente y en la actualidad la antítesis entre el Pacto Atlántico y el mundo satelitizado. No son conjeturas las que estamos consignando. Washington, en su "Manifiesto de Adiós", había escrito: "El afecto excesivo hacia una nación, así como el odio excesivo hacia otra, no permiten descubrir el peligro sino, por un lado, a los que predominan y sirven de capa y aun de ayuda a las artes del influjo de una y otra." Este pensamiento lo completa Washington cuando escribe:

“La obligación de practicar una conducta neutral se deduce, sin buscar otras razones, de la obligación que la justicia y la humanidad imponen a toda nación que se halla en libertad de determinar y de mantener las relaciones de paz y amistad con otras naciones.” “Europa tiene un número de intereses privados que no guardan relación con los nuestros o si la tienen es muy remota.” “Sería, por tanto, una imprudencia que nos implicásemos, sin tener interés, en las vicisitudes de su política o en las combinaciones o choques de sus amistades y enemistades.”

Prescindamos ahora de cuanto implique propósito de valorar los consejos de Washington en lo que atañe al acierto o desacierto de los mismos y retengamos como único dato que interesa consignar el siguiente: lo que Washington había ideado, condicionalmente referido a unas circunstancias históricas concretas y específicas, va a ser elevado por sus continuadores a la categoría de norma constante en problemas de política internacional. Es una vigencia sorprendente e incluso impresionante, la que se asigna a esos consejos de neutralidad y desistimiento concebidos por Jorge Washington. Difícilmente podrá ofrecerse un ejemplo semejante al que nos brindan los Estados Unidos, atendidos a esa inclinación neutralista, prácticamente durante ciento cincuenta y tres años, ya que la intervención norteamericana en la primer guerra europea no supone un truncamiento de tal conducta, como lo evidencia el hecho de que un año después de finalizada la guerra europea número uno los Estados Unidos habían tornado sus espaldas a la Sociedad de las Naciones y al Tribunal Permanente de Justicia Internacional, reintegrándose a la práctica de su sistema aislacionista. Nuestra apreciación pudiera reforzarse, en cuanto a su razón de ser, recordando cómo los Estados Unidos, cuando era realidad el conflicto italo-abisinio y temerosos de que aquélla constituyese el punto de partida de una guerra generalizada, promulgaron sus leyes de neutralidad apriorística de 1935 y 1937, y era tal la obsesión del neutralismo, que incluso cuando ya es una dramática realidad la segunda guerra mundial, Norteamérica no sólo insiste en practicar el neutralismo washingtoniano, sino que aspira a su continentalización, finalidad que logra alcanzar a medio de la “Declaración de Panamá”, del mes de octubre de 1939. Este sueño, que se prolonga incomprendiblemente durante siglo y medio, conoce su epílogo cuando se produce el 11 de diciembre de 1941 el alevoso ataque nipón a Puerto Perla. Los Estados Unidos se ven así constreñidos a alinearse en el mundo de la beligerancia, pero ese paso no impide que los resabios

neutralistas sigan dando muestras de su vigencia. Baste pensar que Norteamérica, aliada a Rusia, se apartó de la inclinación de Inglaterra y Francia, que signaron tratados de alianza y seguridad mutua, con proyectada vigencia después de la guerra; y aun después de finalizar la guerra en Hiroshima, los Estados Unidos persisten en la práctica de su política opuesta a la conclusión de alianzas, y así logran los Estados Unidos galvanizar su política pseudoneutralista, hasta que el 4 de abril de 1949 se firma el Pacto Atlántico Norte; es así como se cierra una trayectoria que, iniciada en 19 de noviembre de 1796, llega al 4 de abril de 1949. Hemos insistido preceptiblemente en lo que esa trayectoria bisecular representa, ya que sólo así podremos explicarnos el porqué de las dudas y las vacilaciones de que da muestras Norteamérica cuando, sabedora de que su protagonismo resulta irrenunciable, trata de adaptar su futura conducta a los deberes que le impone esta posición suya de primer plano en la dinámica internacional posbélica. Debemos mostrarnos comprensivos respecto de un pueblo que repentinamente se ve situado ante un trance histórico de incalculables consecuencias. Con indudable acierto el *New York Times* —4 abril 1949— se hacía eco del grave trance frente al cual se veían situados los Estados Unidos, expresándose en los siguientes términos: “En tiempos pretéritos —nos dice el *New York Times*— las naciones llegaron a ser potencias mundiales por ambición de sus dirigentes o por invencible presión interior. Norteamérica es la primera nación de la historia que se ha visto convertida en gran potencia sin tener planes para ello ni acaso deseo de serlo. Norteamérica ha debido improvisar una política exterior, como en dos ocasiones ha debido improvisar ejércitos, para luchar en dos guerras. Pero no podemos seguir a expensas de la improvisación; habremos de realizar en pocos años lo que otros pueblos han llevado a cabo en el espacio de múltiples décadas; no podemos, por ello, ser precisos en todos los extremos.”

Las anteriores apreciaciones habrán de ser tenidas muy en cuenta si queremos darnos cuenta de la angustia que hoy viven los Estados Unidos y, sobre todo, si queremos huir de aquel sector de opinión, que se extraña e incluso se escandaliza al comprobar que los Estados Unidos, en este período posbélico, nos han ofrecido muestras evidentes de duda y vacilación, al intentar perfilar una política internacional posbélica; así sucesivamente desde Washington, a partir de 1945 se nos han ofrecido una serie de versiones, ninguna de las cuales resultó ser

acertada; fué primero la política de apaciguamiento, más tarde la de contención, posteriormente la de reversión, en último término la técnica patrocinada por Foster Dulles, denominada doctrina del riesgo calculado. Que esas dudas, vacilaciones y rectificaciones registradas en la política internacional posbélica de los Estados Unidos, tiene que constituir motivo de preocupación para el mundo libre, nos parece evidente, pero estimamos igualmente explicable e incluso disculpable esa angustia que se apoderó de un pueblo, avezado a vivir al margen de las preocupaciones europeas —que entonces eran virtualmente mundiales— y que repentinamente ha de hacer frente a un protagonismo, del cual no puede en modo alguno desentenderse. No se olvide que el mundo libre no adquirirá su necesaria fortaleza en tanto no se logre posibilitar la eficiencia del diálogo que se ha entablado a ambas orillas del Atlántico, y un diálogo precisa ánimo de comprensión. De otro modo no lograremos otra cosa que incrementar la angustia posbélica norteamericana y, en la misma proporción, diferir el instante anhelado por todo el mundo libre, cuando Norteamérica se acople al mundo libre y pueda navegar sabiendo a dónde ha puesto rumbo.

No sería prudente tomar posición respecto a la determinación de a quién alcanza más acentuadamente la responsabilidad de la incompreensión, que constituye lamentable realidad en el seno del mundo libre. No es esta hora de reproches, sino momento de intentar el esclarecimiento de lo que aparece confuso. Del grado de esta desorientación podríamos brindar ejemplos que la pusiesen claramente de manifiesto. Refiriéndonos a los Estados Unidos, permítasenos ofrecer una reciente experiencia altamente aleccionadora.

Norteamérica, que a lo largo de ciento cincuenta y tres años vino practicando una política neutralista que, en esencia, no era otra cosa que una evidente versión del aislacionismo norteamericano, ahora, sorprendentemente, va a reprochar a otros países el que éstos traten de hacer suyo lo que fuera auténtica constante histórica norteamericana. El hecho aleccionador es el siguiente: los Estados Unidos, al brindar ayuda a pueblos incluidos dentro del área del mundo libre, aun cuando no de modo indefectible, por lo menos con visible reiteración, condicionan esa ayuda, supeditándola a la conclusión de pactos de alianza y de seguridad mutua. Pero en ocasiones los requeridos, que aceptan la ayuda norteamericana, rehusan cuanto implique pagarla al precio de la conclusión de un pacto de alianza; es decir, aceptan la ayuda, pero con

la condición de no departirse de una política neutralista o tercerista. Parece natural que el pueblo practicante de ese neutralismo, virtualmente a lo largo de su historia como nación independiente, comprendiese e incluso excusase esa inclinación neutralista de los pueblos favorecidos por la ayuda norteamericana. De esa comprensión dió evidentes muestras el Presidente Eisenhower, en sus declaraciones a la prensa del 6 de junio de 1956; hacía notar el Presidente que los Estados Unidos, cuando eran un pueblo joven, proclamaron su neutralidad, realizándola a lo largo de siglo y medio; en la actualidad, hacía notar Eisenhower, naciones recientemente manumitidas optan también por la neutralidad, no porque elijan entre la justicia y la injusticia, entre el bien y el mal, sino a virtud de una facultad soberana, para aceptar o no alianzas militares sugeridas. Con esa visión, tan amplia y comprensiva, del Presidente Eisenhower, no se compadece la del Secretario de Estado Foster Dulles en su discurso ante el Iowa State College. Foster Dulles considera el neutralismo como un criterio inmoral y miope, ya que la ayuda ofrecida por los Estados Unidos constituye, según Foster Dulles, el mejor baluarte frente a la amenaza comunista; por eso el Secretario de Estado propugna el fortalecimiento de la libertad norteamericana, creandó una cadena de naciones libres, que constituiría la adecuada réplica frente al sistema del mundo satelitizado. Si nosotros propugnamos la necesidad de un entendimiento en el seno del mundo libre, si lo que deseamos es atenuar la angustia posbélica que hoy padecen los Estados Unidos, precisamos ante todo que los llamados a perfilar la política internacional de Norteamérica se muestren acordes y no acusen esas sustanciales diferencias al interpretar y valorar lo que representan las inclinaciones neutralistas que asoman en determinados pueblos, beneficiados por la ayuda generosa de los Estados Unidos. Acaso los propios dirigentes norteamericanos encontrarían factores de posible esclarecimiento si valoran lo que significa como contraste el sistema ruso de infiltración económica, practicado mediante la conclusión de acuerdos comerciales, sin implicaciones de tipo político, ni exigencias de pactos de alianza y la inclinación norteamericana, que en ocasiones se traduce en la demanda de pactos de alianza y asistencia mutua. Es disculpable que el requerido por una gran potencia piense si tal alianza, por la desigualdad de fuerzas a coaligarse, implica casi indefectiblemente la enfeudación del requerido al requirente, ya que el segundo es el portador de la potencia y el primero el que precisa la ayuda exigida por su condición de Estado naciente y

por tal condición dominado por el complejo de la supeditación. Así pueden explicarse esas inclinaciones neutralistas que tanto inquietan y hasta escandalizan a Foster Dulles.

Al neutralismo, en cuanto inclinación que tan acentuadamente contribuye a incrementar la vigente angustia posbélica, no se le ha otorgado la beligerancia polémica a que es acreedor. Se habla del neutralismo en términos genéricos y en la mención, a nuestro entender, va implícito un error calificativo, por cuanto parece aconsejable indagar lo que tal compleja inclinación representa. Sin que nos anime el propósito de ofrecer al lector de estos CUADERNOS DE POLÍTICA INTERNACIONAL una exposición, con ambición de abarcar todas las formas que puede revestir el neutralismo posbélico, consideramos posible referirnos a ciertas exteriorizaciones de la mencionada inclinación.

Ante todo parece oportuno aludir a una propensión, visible e imprecisa a la vez, encarnada en quienes consideran que todo además tendiente a restar vigor a los llamados dilemas posbélicos, puede concurrir en el sentido de aminorar los efectos de las disensiones polémicas, que muchos consideran como el antecedente de lo que pudiera ser una guerra *in actu*.

Si tal reacción se redujese, como ha sucedido frecuentemente, a posturas polémicas desconectadas entre sí y carentes de un propósito de coincidencia, que pudiera implicar la integración de los voceros del marginalismo, su ineficiencia resultará innegable. De ahí brota un aleccionamiento, que engendra una inclinación, cuyo contenido dialéctico pudiera caracterizarse del siguiente modo: si los partidarios del marginalismo actúan desconectados entre sí, indudablemente habrán mermado la clientela, destinada a engrosar los frentes dialécticos de los dos grandes disidentes del mundo posbélico, pero esa especie de marginalismo disperso no restará eficiencia a lo que significa la preponderancia de Rusia y de los Estados Unidos en este período posbélico. Por lo cual algunos voceros del neutralismo aspiran a convertirse en base nuclear de una inclinación, que, generalizada y debidamente encuadrada, provocaría una alteración sustancial en el modo de plantearse los problemas de la política internacional posbélica. Los que así se producen dialécticamente ignoran algo que se nos antoje ser fundamental, a saber: que una cosa son las inclinaciones neutralistas y otra muy distinta las causas que explican la aparición de esas propensiones, orientadas hacia el disentiimiento; ello se comprueba fácilmente cuando se intenta penetrar en este

problema dialéctico, ya que pronto se descubre cómo pueden ser acentuadas las disidencias existentes entre los neutralismos, tan prominentes, que en ocasiones superan a las existentes entre los dos grandes discrepantes posbélicos. En tal sentido, el neutralismo o tercerismo posbélicos constituyen elementos de confusión, que inevitablemente contribuyen a la acentuación de la angustia en que vive el mundo a partir del año 1945.

Otros neutralismos han nacido con propósitos que se diferencian de los anteriormente consignados; son aquellos que encarnan en determinados sectores de opinión, que pretenden abrirse paso en ciertos países europeos: el neutralismo como adecuado instrumento para rescatar un protagonismo, que nos parece de imposible prórroga. Los que padecen ese achaque, que denominaríamos nostalgia de dirigismo, arrastran en su argumentación fallas dialécticas visibles, habida cuenta de que los voceros del neutralismo dirigista se nos aparecen al propio tiempo como los abogados del coexistencialismo posbélico y si es posible, como ellos pretenden, reemplazar el sedicente dilema Washington-Moscú, por el coexistencialismo, en tal supuesto está de más toda suerte de marginalismo o de neutralismo. Aquí, una vez más, aparece el neutralismo como agente engendrador de la angustia posbélica, ya que hablar de coexistencialismo equivale a aceptar como norma básica, que siendo portadores los Estados Unidos y la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas de credos político-sociales no tan sólo diferentes, sino irreconciliables, entre ambas naciones, en el mejor de los casos sólo podrá instaurarse una tregua, inclinación portadora de evidente e inquietante inestabilidad, más o menos susceptible de prórroga en el orden del tiempo, pero que, en definitiva, conduciría, de modo inevitable, al temible choque de los dos colosos. Si eso es lo que en último término pueden brindar al mundo los neutralistas, nadie podrá poner en tela de juicio su condición de fomentadores de la incómoda y vigente angustia posbélica.

Aparte lo consignado, conviene tener presente que el neutralismo constituye inclinación peligrosamente condicionada, característica que nos brinda como fruto el portado por quienes, no obstante erigirse en voceros del neutralismo, ante la apertura de una nueva crisis internacional, no sólo abandonan radicalmente su anterior posición neutralista, optando por patrocinar una especie de beligerancia potencial, sino que reprochan su marginalismo a países a los cuales, en pasadas coyunturas y con visible avaricia y perceptible criterio aldeano, han regateado una atendible demanda de colaboración. A este propósito sería tal vez alec-

cionador un estudio objetivo y sereno de lo que en tal sentido implica la política internacional de Francia e Inglaterra, practicada en los años comprendidos entre los de 1950 y 1956.

Si a propósito de lo que se han denominado constantes históricas se pudiese indagar si éstas se ofrecen a lo largo de la actual década posbélica, acaso lo único que podría decirse a este respecto es que estamos registrando los efectos de una acentuada crisis de dispersión, engendrada a su vez por la incapacidad de un mundo, inapto, no sólo para reinstalar un equilibrio de fuerzas, afectado por la pasada guerra, sino para lograr un reajuste que pudiese atenuar las consecuencias de un mundo, integrado por Estados, nacientes unos, postrados otros, algunos relegados, otros con la nostalgia del poder enajenado y portadores, los menos, de una fortaleza de la cual no han sabido hasta el presente hacer un adecuado uso, orientado hacia la realización de lo que pudiéramos denominar instauración deseable del "bien común".

Se explicará el lector que habiendo abordado en estas páginas el problema genérico de la angustia posbélica, nos hayamos referido más específicamente a la padecida por los Estados Unidos y de cuyos efectos están bien lejos de haberse liberado. Esta mención específica encuentra pleno justificante si nos atenemos a una consideración fundamental: así como Rusia propende a incrementar aún más su potencia, de igual modo que otras naciones europeas han visto evaporarse su pretérita grandeza, que tratan inútilmente de galvanizar, son los Estados Unidos la única nación que acaso sin propósitos de dirigismo se han visto situados ante un trance para el cual no estaban preparados, no por falta de capacidad para hacer frente a tal coyuntura, sino por haber estado adormecidos bajo los efectos de la droga aislacionista, despertando cuando ante ellos se ofrecía un mundo perplejo del cual no podían en modo alguno desentenderse. Lo difícil de esa posición exculpa nuestro afán de indulgencia respecto de Norteamérica, no engendrada por consideraciones de reverencia que en nosotros no ha tenido nunca realidad, sino explicable, habida cuenta de la magnitud del problema a que deben hacer frente los Estados Unidos en estas horas salpicadas de toda suerte de inquietudes, a cuya eliminación ha de atenderse, porque en ello va nuestra tranquilidad y nuestra posible estabilidad.

CAMILO BARCIA TRELLES

II

NOTAS Y CRONICAS

